



DON ISIDRO FABELA, MECENAS Y AMIGO

POR MANUEL HORTA,
(periodista)

—¿Recuerdas, Gabrielito Alfaro?... En la pequeña sala de don Isidro Fabela, escuchábamos a media luz, las geniales improvisaciones al piano de Manuel M. Ponce... Habíamos oído con teologal delectación, la charla del diplomático y trota-mundos, entre los platillos succulentos de su dulce compañera Finita... Años de juventud y optimismo, salpimentados de sana risa y agudas bromas.

Después del concierto improvisado, salimos de bracero por esas calles de Dios, hilvanando filosofías, acariciando recuerdos, levantando castillos de naipes.

Don Isidro tiene un corazón franciscano —dijiste... Tiende la mano generosa a cuantos buscan ayuda, consejo, protección y fe.

Entonces, repasamos una interminable lista de quienes obtuvieron de Fabela, orientación certera y calor humano.

El pianista Carlitos Lozano, que se consumió en el esfuerzo heroico de perfeccionarse en la capital de Francia, fue como un hijo adoptivo para el funcionario ejemplar... El caricaturista Cabral, embrujado por el pecado de la carne y del vino, tuvo pan y encauzamiento, salvación y ventura, gracias al mecenas nobilísimo...

Don Isidro, convirtió en actor de vigorosa personalidad a Gómez de la Vega, costeándole un viaje a Italia, en el año de mil novecientos dieciseis... El romántico viejecito Luis Urbina, fue incorporado al Cuerpo Diplomático, gracias a la intervención entusiasta del mismo entrañable amigo... —¿Y a qué seguir?... En la bohemia dramática de Lutecia— principios de la guerra de ca-

torce muchos mexicanos, recibieron el bien y la protección del hombre íntegro.

Angel Zárraga, el malogrado pintor, Carlos González, gran artista del pincel, injustamente olvidado en su estudio paupérrimo, víctima de incurable dolencia, una legión de figuras nuestras, llevan en su cerebro y en su corazón, indeleblemente grabados, los favores recibidos del hombre patriota, que a través de su gallarda labor política y literaria, ha dado prestigio a nuestro amado país . . .

Hace pocos días, le visité devotamente en su retiro de Cuernavaca . . . La misma sonrisa benévola, idéntico mirar agudo y brillante, los brazos tendidos para el abrazo cálido.

¡Cuántos recuerdos, maestro dilecto! . . . Y cómo conforta su palabra serena!

—¿No son evangélicas estas palabras que ha dejado como el más puro tesoro a su hijo Daniel?

“Creer en el amor, como crees en Jesucristo. Naciste para amar la vida, y como en tí es exuberante, todo lo que amas lo amas con vehemencia y al mismo tiempo, con alegría y con deleite. Y haces bien, porque caminar por las sendas de este mundo, sin la compañía de un ser amado, es llevar a cuestas la cruz de la soledad, para vivir sin objeto, sin ilusión y sin fe.”

Bajo las bugambilias agobiadas de pétalos, Isidro Fabela, mecenas y amigo, ha encontrado la paz frente a la mirada dulce y santa de su compañera en el dolor y en la ventura.